

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico sale los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

23 de Octubre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 23.

SUMARIO.

Los dos viajeros, novela.—La dicha que el hombre anhela ¿dónde está?, poesía.—Historia de un pino, novela.—La esperanza.—¿Quién es ella?, poesía.

LOS DOS VIAJEROS.

TRADUCCION.

1

EL CANTO DE LA NOCHE.

Érase en Colonia, una hermosa y placentera tarde de verano. Los postreros rayos del sol en su ocaso tenían de grana la empinada cúpula de la catedral, obra maestra del arte gótico; las

campanas de la ciudad tocaban el *Angelus*, y un numeroso gentío invadía las calles, ansioso, después de un día de trabajo, de respirar el aire puro en las verdes orillas del Rhin. El gran río, que corre majestuosamente desde los ventisqueros de la Suiza hasta las llanuras de Holanda, mecía á la sazón en sus olas de esmeralda numerosos barcos de vapor, dispuestos á emprender su acostumbrada travesía por entre aquellas orillas encantadas, llenas de grandes recuerdos y de poéticas leyendas.

Uno de tantos vapores, el *Herzog von Nassau*, que debía calentar sus calderas al amanecer del siguiente día, tenía ya á bordo algunos pasajeros. Los del pabellón y de salón de popa se habían retirado á sus respectivos aposentos al anochecer; pero los menos acomodados, los de tercera clase, abandonando su estrecha y sofocante

cámara, se habían quedado casi todos sobre el puente, en donde respiraban el suave ambiente de la noche y veían la ciudad hundirse en las sombras, mientras la inmensa bóveda del cielo brillaba con la espléndida iluminación de las estrellas.

En el pabellon, rico y elegante aposento, había un jóven solo, sin criado y casi sin equipaje, y cuyas maneras altivas inspiraban cierta aversion á los que le rodeaban, por lo cual á nadie le venían deseos de turbar su soledad.

Sentado en un sofá, parecia ensimismado y fijaba en el suelo sus sombríos ojos: su tristeza no era como la que se origina de una gran desgracia, ni reconocia una causa positiva, sobre la cual pudiese el tiempo ejercer su infalible imperio; sino que parecia inherente al alma y al pensamiento que roía como una planta parásita y cuyas preciosas cualidades absorbía: pueril tal vez en su causa, pero terrible en su predominio, emponzoñaba aquella vida jóven, adornada por la Providencia con los dones que dan la felicidad.

Héctor de Mesnil pertenecía á una familia respetable; poseia un nombre sin tacha; entraba en la vida por la puerta de honor que le habia abierto una larga série de honrados y virtuosos ascendientes; era rico, y poseia la inteligencia y el corazon que pueden avalorar la riqueza. En el bello país que rodea á Friburgo tenia una casa, en donde sus padres le esperaban y le recibían llenos de alegría cuando regresaba de sus largos viajes... A pesar de todo, Héctor estaba triste, y no encontraba gusto alguno en los goces que el mundo le proporcionaba.

La riqueza permanecia improductiva entre sus manos; los mas hermosos viajes no servían mas que para aburrirle: la vuelta á la casa paterna aumentaba su tristeza; y su vida sin encanto y sin sol, sin objeto y sin luz, erale gravosa con todo el peso de un inmenso fastidio. Héctor creia conocerla bien, y sin embargo, la experimentaba llena para consigo de enigmas y de oscuridad; ignoraba de donde venia y á donde iba, y perdido en la investigacion de esos problemas, tremendos para aquel á quien Dios no ilumina, vacilaba y se sentia empujado por la duda y el tedio á un abismo de locura y desesperacion.

Solo en aquella cámara, y mas triste aun ante el buen humor de los demás, cuyo estrépito heria sus oídos, preguntábase á sí mismo ¿por qué no estaba tambien alegre, él tan rico, jóven y mas favorecido de la fortuna que sus compañeros de viaje, que reían tan á placer? ¿por

qué no se sentia feliz; qué le faltaba? Y cuanto mas se penetraba de lo feliz que debiera sentirse, mayor envidia concebía por la dicha ajena, y mas crecían en su corazon las olas de tristeza y desaliento.

Habia anochecido del todo; poco á poco fué apagándose sobre cubierta el rumor que levantaban las animadas conversaciones de los pasajeros; pronto no se oyó mas que el susurro de las olas al chocar con las ruedas del buque, cuando de improviso en medio del silencio de la noche una voz vibrante y sonora llenó el espacio con un canto impregnado de elevacion y majestad.

Héctor prestó el oído, y conoció el hermoso salmo: *Cæli enarrant gloriam Dei*, puesto en música por el *Pórpura*, antiguo maestro italiano.

El canto, grave y entusiasta á la vez, se avenia perfectamente con la sublimidad del texto, y la voz que interpretaba aquel magnífico cántico hacia resaltar aun mas sus bellezas. Música y palabras parecían brotar espontáneamente del corazon del cantor, conmovido por el espectáculo de una hermosa noche de verano, á la vista de aquel sinnúmero de astros que pregonan la gloria del Criador.

Héctor dejando sus tristes pensamientos, escuchaba con atencion: habia oído muchos y escogidos cantantes que llenaban con sus voces, á las que prestaba el arte sus encantos, los principales teatros de Europa, añadiendo á la seducción de su talento todo el prestigio de la escena, de brillantes trajes y de una accion dramática; pero ninguno de ellos habia llegado á conmoverle como esa voz desconocida haciendo resonar en el silencio de la noche algunas frases de David, puestas en nota por un compositor olvidado. Aquella simpática voz resonaba dentro de su corazon, desterrando toda la amargura que lo llenaba, y derramando en él un sentimiento indefinible de sublime gozo que le era desconocido tanto tiempo hacia.

Entonces parecia mostrarse la inmensidad de los cielos á los ojos del jóven, tan largo tiempo indiferente á sus bellezas, y repetía en su interior las palabras del poeta alemán que en otras ocasiones habia leído: *Nada mas hermoso que el estrellado cielo extendido sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo de nuestros corazones!*

Levantóse para subir sobre cubierta á fin de contemplar el hermoso cielo y oír de mas cerca aquella voz que así penetraba en el fondo de su

alma, cuando súbito se calló... El lejano eco de los campanarios de la ciudad anunciaba la media noche: entró un doméstico para arreglar la lámpara, y Héctor le preguntó.

—¿Quién cantaba arriba?

—Un pobre ciego, que imaginándose estar solo, se ha puesto á cantar; y todos han guardado silencio para escucharle.

Cuando volvió á quedar solo, Héctor decía en sus adentros:

—¡Un pobre ciego! ¡Ah! ¡cuán poco me costaría trocar mi suerte por la suya si tiene en el fondo de su corazón lo que revela su inspirado acento!

II.

EL VIAJE.

Apenas asomaban por el Oriente los primeros destellos de la aurora, cuando el *Herzog von Nassau* trazaba en las tranquilas aguas del río una espumosa curva; y cuando Héctor, después de una noche mas tranquila que de ordinario, subió al puente, desplegóse ante sus ojos un magnífico panorama. Las viejas torres de Colonia hundíanse en el horizonte; el Rhin se deslizaba majestuoso por entre dos risueñas orillas, salpicadas por multitud de alegres aldeas de techos rojos sumergidas entre el verdor; prados, viñedos, arboledas, sombríos peñascos coronados por enormes torreones de antiguos y desmantelados castillos, que parecían brotar del suelo.

El cielo era de una pureza admirable, y el ambiente matutinal, parecía llenar todos los pechos de nueva vida y vigor; la cubierta estaba llena de pasajeros que unos á otros se repetían las leyendas unidas á los vestutos castillos cuyos muros ruinosos y solitarios asomaban por entre las nieblas de la mañana. Héctor apenas prestaba atención á aquellas narraciones, y parecía ocuparse poco de sus compañeros de viaje. Alejóse al fin de aquellos animados grupos, y se encaminó á la proa, en donde los pasajeros menos acomodados ocupaban un lugar mas reducido.

Unos fumaban tendidos sobre cubierta; algunas aldeanas de pintorescos trajes se entretenían con sus pequeñuelos; varios estudiantes, con sus clásicas pipas y casquetes, movían grande algazara, llenos del buen humor que inspiran veinte años, un hermoso día y algunas semanas de vacaciones; pero Héctor apartó sus ojos de aquel grupo tan alegre, no encontrando

allí lo que buscaba; al fin creyó reconocer, sentado en un banco, mudo, solitario, al cantor de la víspera.

Era un joven como de treinta años, bien parecido, de talle esbelto y elegante bajo su traje sencillo, Héctor no podía ver su cara, pues tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, en actitud entre taciturna y triste, familiar á los ciegos; estaba solo, ajeno á los goces y alegrías de la vida, privado hasta de la dicha comun á todos, el aspecto de un bello día, la luz del cielo, el magnífico cuadro que ofrece una naturaleza risueña y encantadora. Héctor analizaba los sentimientos que á su juicio debían llenar de amargura el alma del pobre ciego; compadecíale, casi reconvenía á la Providencia... cuando el ciego, levantando la cabeza, mostróle una fisonomía tan llena de calma y serenidad, tan impregnada de resignación muy por encima de todos los acontecimientos de la vida, que quedó absorto y mudo, sin que sus ojos se cansaran de contemplar aquel noble rostro que el alma iluminaba con sus mas puros rayos.

Ninguna duda le cabía de que aquel era el cantor, el ciego que en la víspera anterior tan bien había interpretado la música del *Pórpora*. Los ojos inclinados al suelo, cierta vacilación en los movimientos del desconocido, denunciaban su ceguera, y sin embargo estaba solo, sin un amigo... Á despecho de su abandono, de su pobreza, de su desgracia, estaba muy lejos de aparecer triste; y pintado al lado de Héctor, ambos jóvenes y de agradable aspecto, el pobre hubiera ofrecido la personificación de una felicidad íntima, y el rico la personificación de las mas funestas dolencias del alma: la agitación, el tedio y la inquietud.

¿Por qué tal diferencia? ¿Cómo descifrar aquel enigma? ¿Por qué tan perfecta tranquilidad en medio de la mas extrema desgracia? ¿por qué tan amarga tristeza en medio del esplendor de las felicidades humanas? Mas adelante sabremos la causa.

(Continuará.)

LA DICHA QUE EL HOMBRE ANHELA,
¿DONDE ESTÁ?

Nací á la vida, con su luz hermosa
la dicha me brindó
y el alma, pura entonces é inocente,
sus promesas creyó.
Pero al sentir el malestar primero,
sincera muestra de dolor en mí,
el primer desengaño, en un vagido
me dijo:—*¡No está aquí!*

Tuve una madre como no hay ninguna,
la adoré y me adoró,
y el alma venturosa en su cariño
la dicha hallar creyó.
Pero ¡ay! cuando al perderla para siempre
inerte, fría, exánime la ví,
amargo llanto que nubló mis ojos
me dijo:—*¡No está aquí!*

Amor, placer, riquezas, gloria, honores
el mundo me brindó,
y de la dicha en pos, mi alma afligida
su corriente siguió.
Pero ¡ay! cuando el puñal del desengaño
en mi angustiado corazón sentí,
un amargo suspiro de mi pecho
me dijo:—*¡No está aquí!*

Llame á las puertas de la tumba fría
do el dolor me guió,
pregunté por la dicha, y en silencio
nada me respondió.
Pero al silvar el viento entre las hojas
del doliente ciprés que crece allí,
escuché en un gemido imperceptible:
—*¡No está aquí! ¡no está aquí!*

Miré entonces al cielo, su azul puro
mi alma contempló,
y lleno de esperanza, una plegaria
mi espíritu elevó.
—¿Donde la dicha está? dije anhelante,
y una voz escuché dentro de mí;
de la fé dulce voz que me decía:
—¡ALLÍ! se encuentra, ¡ALLÍ!

T. RODRIGUEZ-DE-LA-TORRE.

Castroponce.

HISTORIA DE UN PINO.

NOVELA.

(CONCLUSION.)

—Os debo cuanto soy, señor, murmuró por fin Aymerudis con voz apagada, mis padres, pobres y oscuros labradores, tienen hoy tierras y ganados; mis hermanos han seguido la carrera de las armas y han llegado á ser ínclitos paladines; me habeis colmado de beneficios! ¿puedo dejar de amaros?

—Aymerudis, exclamó Oliva con pasión, nada pido á la gratitud, todo lo pido al amor.

—¡Os amo! balbuceó la jóven entrecerrando los ojos y tendiéndole la mano.

Oliva la cogió con trasporte, quiso responder, pero fué tal su emoción, que solo pudo hacerlo con lágrimas y sollozos.

Por fortuna Ermengarda se acercaba á ellos, y Oliva, corriendo á su encuentro, exclamó fuera de sí:

—¡Ven, mi dulce hermana, ven! Ven á ser confidente de mi alborozo, como lo fuistes siempre de mis recelos y amargura. ¡Me ama! ¡Dice que me ama! ¡Oh! hermana mía, cuéntala, cuéntala tú lo que he sentido por ella, lo que siento, lo feliz que me ha hecho esta palabra!

Y Oliva se alejó tan rápidamente como pudo, porque se sentía desfallecer bajo el peso de su inmensa dicha.

Así que Ermengarda hubo dejado de oír el ruido de sus pasos, se abalanzó hácia Aymerudis, inmóvil y helada como una estatua de mármol.

—¿Le amas? preguntó con voz temblorosa.

Aymerudis pareció despertar de un sueño. Miro en derredor de sí y dijo con tono glacial:

—¡Le amo!

—¡Ah, no es así como una alma jóven pronuncia esa palabra, gritó impetuosamente su compañera! ¡Guay de tí, Aymerudis! Oliva tiene un grande, un noble corazón. ¡Guay de tí si le engañas!

—¡Le amo! repitió Aymerudis con el mismo tono.

Ermengarda se alejó, subió precipitadamente la escalera que conducía á su aposento, y al llegar á él, corrió á postrarse ante una imagen de la Madre de los Afligidos, y exclamó entre sollozos:

—¡Haz, Virgen bendita, que le ame! ¡Haz que le haga siempre muy dichoso!

Pasáronse echo dias.

Oliva habia sido ya electo Conde de Barcelona, y todo estaba preparado en la capital para la doble ceremonia de su coronacion y su enlace con la bellísima Aymerudis, que debia efectuarse al dia siguiente.

Pero ¡ah! que la felicidad no puede ser de este mundo. ¿Por qué cuando el hombre se acerca á la realizacion de sus deseos, siente frio en el alma, como si presintiera que la dicha es ligero humo, y que al abarcarlo delirante solo estrechará el vacío entre sus manos?

Oliva, al anoecer del dia en que iba por fin á ver coronado su casto y respetuoso amor de tantos años, se paseaba á grandes pasos por su estancia.

¿Qué temia? ¿Qué es lo que le agitaba? ¿Ni aún él mismo lo sabia.

Á aquella misma hora los leales barceloneses, amantes idólatras de sus monarcas, engalanaban los muros de la ciudad condal para la ceremonia del dia siguiente, adornándolos de flores, colgaduras y banderolas; pero ¡ay! ¡que la tarde era nebulosa! ¡ay! que el viento era muy recio, y flores y banderolas todo lo arrastraba entre sus alas.

Oliva, al verlo desde su ventana, sintió que se le oprimía el corazon con un funesto presentimiento, é iba y venia, acelerando cada vez mas el paso.

De repente se detuvo, y se llevó ambas manos al pecho, como si le hubiese sentido atravesado por un punzante acero.

Sobre la mesa habia un pergamino escrito por una mano desconocida.

Oliva lo cogió rápidamente, corrió á la ventana, porque la luz empezaba á ser dudosa, y quiso descifrar aquellos caracteres misteriosos; pero un velo oscurecia su vista, su mano temblaba, no pudo leer. Se sentó en una silla, enjugó el sudor angustioso que corría por su frente, y gritó con voz de trueno.

—¡Luces! ¡luces!

Los pajes se presentaron con dos candelabros.

Cuando Oliva se quedó otra vez solo, cogió ávidamente el pergamino y leyó ¡Ah, por qué no dejó de existir ántes de haber leído! ¡Ah, por qué ha de haber siempre envidiosos de la dicha ajena, que como la serpiente, se complacen en emponzoñar el manantial puro y cristalino!

Levántose Oliva rugiendo como un leon herido, y gritó fuera de sí:

—¡Pajes! ¡soldados! ¡escuderos! ¡pronto! ¡pronto!

Su palidez era lívida, sus ojos arrojaban fuego. La estancia se llenó instantáneamente de barones y soldados.

—¡Cojed linternas sordas, ceñíos vuestras armas y seguidme, exclamó Oliva. ¿Estais dispuestos á obedecerme, á matar?..

Los guerreros se miraron unos á otros: creyeron que se habia vuelto loco.

—¡Á matar á quien quiera que sea, prosiguió con creciente furia; hombre ó mujer, príncipe ó pechero! ¿Pero acaso no me habeis ya elegido? ¿No soy el monarca? Partamos...

Y se abalanzó fuera de la estancia, y los demás embargados por el estupor, subyugados por el imperio de su palabra, le siguieron en silencio.

La noche habia ya amontonado sombras sobre sombras, y la oscuridad más densa invadía los ámbitos de la tierra. El silencio que reinaba en todas partes era profundo, y el cierzo, revoloteando por el jardín de la casa de Paredes, pudo recoger ávidamente el murmullo de dos voces.

—Borrell, Borrell, decia la una ¡te amo! ¿Por qué te amo? ¡Yo misma no lo sé! ¡Ah, por tu difunta esposa Lutgarda, por tu tierno hijo, parte, olvídame, te lo ruego!.. ¡Yo no puedo seguirte, no!.. ¡Seria una traicion infame! ¡Todo se lo debo á Oliva, al noble, al generoso Oliva, ¿y quieres que le abandone?

—¡Ah, yo tambien se lo debo todo! exclamó impetuosamente Borrell, el noble Conde de Urgel, ídolo de los cristianos, terror de los infieles; soy el tierno compañero de su infancia, su hermano, su protegido. ¡Parentesco, amistad, deber, todo lo sacrifico á este amor que me abrasa el alma! ¡Partamos! Iremos á ocultarnos en un rincon del mundo, nos llevaremos á mi hijo. ¡Tú serás su madre, tú serás la vida de mi vida! ¡Gloria de las armas, brillo del poder, ya nada quiero! ¡Solo quiero ser tuyo! Aymerudis, tuyo! Quiero vivir á tus pies, quiero morir en tus brazos. Ven, sígueme; mis amigos esperan detrás de esa tapia, la escala está puesta... ¿Te niegas aún? ¿Pero no jurastes ayer ser mia? ¿Respetas el juramento hecho á Oliva, y conmigo eres perjura? ¿Pero tienes razon, quedate, soy un insensato! ¡Vas á ser condesa, vas á sentarte sobre un trono! ¿No está ya cogiendo flores ese pueblo para alfombrar tu camino? ¿No saluda ya con entusiasmo tu preclaro nombre? ¡Adios reina, sé feliz! ¿Qué importa que yo entretanto, transido de dolor espere lejos de tí, con el corazon atravesado por las espadas enemigas?

Borrell era el guerrero más apuesto de la época; su rostro era bello, su palabra elocuente, su mirada espresiva.

Aymerudis corrió á arrojarle entre sus brazos,

—Vamos adonde quieras, dijo sollozando, haz de mí lo que quieras! ¡Te amo, te amo, Borrell! Oh! cuánto te amo!

El guerrero lanzó un grito de felicidad, y cogiéndola entre sus brazos, la arrastró consigo hasta la escala, pero aún no había puesto el pie en el primero de sus peldaños. cuando la escena se alumbró repentinamente, y á favor de la luz de las linternas, vió todo el muro guarnecido de soldados.

—¡Traición! ¡traición! grito Borrell retrocediendo y huyendo hacia la casa; pero la puerta que daba al jardín se abrió de par en par, y Paredes apareció en el umbral, seguido de los pajes que llevaban hachones encendidos.

Entonces Borrell depuso á Aymerudis, casi desmayada en el suelo, y desenvainó el acero.

—¡Yo! ¡yo! gritó Oliva descendiendo por la escala, y desenvainando á su vez la espada, que nadie le toque ¡yo!

Y ambos rivales, ciegos de ira, se precipitaron al encuentro el uno del otro, y sus aceros se cruzaron.

Pero aquel choque metálico les devolvió la razón. Ambos se amaban como hermanos.

—¡Mátame! gritó Borrell con un arranque sublime, arrojando lejos de sí la espada.

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó al mismo tiempo Aymerudis, precipitándose en medio de los dos.

Oliva permaneció un instante inmóvil, con los ojos fijos, con los cabellos erizados.

Algo de extraordinario debió pasar en su interior, porque se tambaleó un breve instante como si estuviese ebrio, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Pero luego la irguió con altivez, y volviéndose á los suyos, exclamó con tono solemne:

—Nada hay cambiado en la ceremonia de mañana, más que los nombres. ¡Saludad al ilustre Borrell, Conde de Barcelona, nobles caballeros.

Tan imprevista, tan magnánima era aquella acción, que todos callaron sobrecogidos de sorpresa; pero Oliva levantó á Aymerudis que se arrastraba á sus pies, y arrojándola á los brazos de Borrell, le dijo dulcemente:

—¡He ahí á tu esposo!

Y mientras poblaban los aires mil gritos de entusiasmo. Oliva corrió á refugiarse en el más apartado bosquecillo, y cuando creyó que ya no podía ser visto, se arrodilló en el suelo, hundió la frente en el polvo, y empezó á llorar y sollozar como un niño.

¡Desdichado! ¡El semí-dios volvía á ser otra vez hombre!

Pero de pronto sintió que una mano se apoya-

ba en su espalda, y oyó una voz dulce que murmuraba en su oído:

—¡Animo, Oliva, eres más noble, más magnánimo, que cuantos héroes preconiza la fama, porque has sabido vencerte á tí mismo!

Animo, la generosidad y la abnegación encuentran en sí mismas una dulce recompensa.

Oliva levantó la cabeza, y vió á su lado á Ermengarda, con las mejillas enrojecidas por el entusiasmo, y llenos de lágrimas los ojos.

—¡Ah, tú lloras, tú!... exclamó el infeliz, cogiendo su mano con doloroso trasporte, ¡tú eres la única que me comprendes y me amas!

Al día siguiente la ciudad condal celebraba con inaudita pompa los desposorios de Borrell y de Aymerudis, y su advenimiento al trono...

—¿Pero y Oliva? exclamé yo vivamente interesada.

—Oliva, andando el tiempo se casó con Ermengarda, respondió el anciano. Eran dos almas nacidas para amarse, dos partes de un mismo todo que acabaron por reunirse.

Oliva fué siempre grande, siempre digno de sí mismo, y cuando más tarde, por cesión de su hermano Miron, electo obispo de Gerona, entró á gozar el condado de Besalú y Cerdaña, habiéndose los moros derramado como un torrente asolador por los campos barceloneses, apoderándose de la capital y sembrando por todas partes la muerte y el estrago, él ayudó generosamente á su primo hermano, con tropas y dinero, y no contento aún con esto, peleó á su lado, hasta que la Cruz bendita volvió á brillar sobre las torres de Barcelona.

Oliva vivió feliz, como vive feliz aquel que tiene en el pecho una herida que siempre brota sangre.

Pero murió Ermengarda, murió su ángel bueno, y desengañado ya de las vanas dichas de la tierra, tomó el hábito de monje.

¿Por qué habiendo contribuido á la reedificación del templo de San Miguel de Coxán, y dotado el de monjes Benitos de Arlés, quiso venir á morir en este cláustro? ¡Ah! porque el austero cenobita veía desde su ventana, como vemos nosotros, ese pino bajo cuyo frondoso ramaje había sorprendido por la vez primera á Aymerudis! Oliva, como tenía un solo Dios, había tenido un solo amor; pero amor tan casto, tan puro, tan sublime, que no podía ofender las miradas del Eterno.

Por eso, después de haber pasado algunos instantes contemplando las ramas de ese árbol, mecidas por la brisa, bajaba al templo con la sonrisa en los labios para ofrecer al Supremo

amor de los amores, las preces de su corazón purificado.

Esa casa arruinada pertenece á unos labradores del pueblo, descendientes de Aymerudis, y en su antiguo archivo existe un documento en el cual consta, que anexa á la propiedad, se halla la obligacion de renovar y perpetuar ese pino. Con semejante obligacion quiso Oliva hacer eterno en la tierra el recuerdo de su amor, como fué eterno en su alma...

Mientras el anciano narrador hablaba así, las sombras de la noche habian descendido pausadamente de los montes, invadiendo los llanos, y la tierra, adormeciéndose por grados, exhalaba sus últimos acordes,

Abandonamos silenciosamente el claustro, y bajamos á la iglesia. Una sola lámpara alumbraba el augusto templo. Yo me postré ante el sepulcro de Oliva y Ermengarda, y murmuré una plegaria fervorosa.

Al cabo de algunos instantes, nos hallábamos sobre una de las alturas que cercan á Ripoll, porque era en uno de los pueblecitos vecinos, en donde estábamos hospedados.

La hora era solemne, el silencio profundo. La luna habia subido magestuosamente por detrás de los montes, y sus rayos descendian de las alturas, saltando de risco en risco, reflejándose aquí en un charco de agua, envolviendo allá con una sábana de plata los árboles centenarios.

De pronto iluminaron las columnas góticas que sostienen el pórtico de la iglesia, y las efigies y relieves que adornan su portada de granito negruzco, y al mismo tiempo sus argentinas campanas tocaron á las ánimas.

No sé lo que experimentamos al oír su tañido solemne, repitiéndose de eco en eco, porque sensaciones tan inefables no se pueden traducir en el lenguaje vago de los hombres; solo sé que los tres nos arrodillamos instintivamente, y que nuestras almas, por un instante se remontaron sobre las nubes, para buscar el sagrario del Creador Supremo.

—Mira, me dijo mi madre levantándose y señalándome el paisaje, cuadros tan bellos y variados como este, solo se hayan en la hermosa Cataluña...

Han pasado muchos años...

¿En dónde estás, Ripoll? ¿En dónde estás, madre mía?

ANGELA GRASSI.

LA ESPERANZA.

¡Salve, dulce esperanza, única compañera inseparable del hombre en el largo destierro de esta vida; virtud hermosa y sublime, grata emanación de la piedad del Altísimo para compartir las penas de su obra perfecta, cantada por nuestra religion en acentos armoniosos de ternura! ¡Salve!

Yo te saludo, la frente inclinada bajo el peso del dolor y doblada la rodilla con respeto.

Yo que he visto perderse en el imcomprensible arcano de la eternidad los seres mas adorados de mi corazón.

Yo que he visto evaporarse en el inmenso caos del vacío las ilusiones más queridas de mi alma.

Yo que he visto agostarse á los abrasadores rayos del desengaño las mas hermosas flores del jardín de mi existencia.

Yo que en el fondo de mi alma no he tenido una nota para tí, me avergüenzo de mi ingratitude, me arrepiento é imploro tu perdón.

¡Cuán hermoso es tu destino!

Desde que el primer hombre pisó con leve planta la menuda yerba del paraíso, tu misión es seguirle paso á paso para defenderle con tus alas de querubín.

Allí donde el dolor clava su envenenado puñal estás tú para curar con tu dulcísimo bálsamo el mortal veneno de la herida, corriendo incansable por la senda trazada por el cielo que en su infinita bondad y sabiduría, y sobre todo en su infinito amor á sus desterrados hijos, puso á tus órdenes todas las formas de la creación.

Tú, en forma de faro ó puerto, diriges el rumbo y salvas á la perdida y cansada nave, herida de muerte por la ira del vendabal ó la sorda conjuración del Océano.

Tú, en forma de oasis, apagas con tus dulces aguas la abrasadora sed del caminante en las ardientes arenas del Sahara.

Tú, en forma de la hermana de la caridad, tienes tus transparentes alas sobre la arrugada frente del enfermo que yace postrado en el miserable lecho del hospital.

Tú, en forma de Sacerdote, llevas la paz al alma del moribundo, la resignación al espíritu del reo de muerte ó el consuelo y la dicha al corazón del desesperado.

Yo te veo, sí, te veo con los ojos del alma cerner tus alas en el espacio y sonreír dulcemente en forma de inmortal corona sobre la encanecida frente del poeta, sobre la blanca cabeza del filósofo y sobre la tostada faz del héroe.

Yo te veo en forma de hermosa palma resguardando con tu sombra de los abrasadores rayos de la impureza la inmaculada alma de la Virgen del Señor.

Yo te veo en forma de sacrosanta Hostia elevarse majestuosa sobre los fieles de Jesucristo en las venturosas manos del mas indigno Sacerdote, abriendo cariñosa las puertas del cielo y extendidos los brazos para estrecharnos contra tu corazón.

Yo te veo, en fin, en forma de ángel de la guarda á la cabecera del lecho del moribundo, fortaleciéndole con los dulces consuelos de la religion, y recibiendo con incomparable ternura el postrer aliento de su vida, para conducir despues su alma á la eterna mansion de los bienaventurados.

¡Salve, dulce esperanza, única compañera inseparable del hombre! ¡Salve!

¿Quién sino tú hubiera sido capaz de sostener la fé y prestar torrentes de inspiracion á los rudos labios de doce ignorantes pescadores para extender á la faz de todo el orbe la religion mas santa y mas sublime que ha conocido el mundo?

¿Qué consuelo hubiera podido sostener la trabajosa vida de la caída humanidad, sin la hermosa esperanza de un Hombre-Dios para redimir su culpa?

Tú, sí, hermosa esperanza; tú que presides con tu cetro de oro todos los actos de la humanidad; tú que eres su reina y su consejera; tú que eres su egida y su escudo... tú fuiste ese divino consuelo.

Tú que diriges el brazo fuerte de Viriato y Sertorio para exterminar la dominacion romana.

Tú que en Covadonga enarbolas la inmortal bandera de la independencia para reconquistar un día el suelo español, digno por su fé de ser el patrimonio de María.

Tú que enardeces los valerosos pechos españoles para derrocar imperio tras imperio en Cataluña y las Navas, en Granada y el Salado.

Tú que alientas al valiente corazón de D. Juan de Austria para grabar eternamente en Lepanto el invicto nombre de España, y clavar la bandera de Jesucristo en las almenas en que se ostentaba la media luna.

Tú que á la patriótica voz de Daoiz y Velarde despiertas al enfermo león español para alzarse imponente ante la faz del mundo y sujetar con sus temblorosas garras á las victoriosas águilas francesas.

Tú que diriges la pluma del inmortal Cervantes para dar al mundo un Quijote, gloria de España y asombro de la Europa.

Tú que inspiras en el alma de Murillo y Velázquez las admirables concepciones de sus inmortales cuadros.

Tú que grabas en el alma de Colón el asombroso «*plus ultra*» y protejes su nave combatida por el infausto huracán de la envidia, haciéndole pisar la ansiada tierra de un Nuevo Mundo.

Pelayos y Alfonsos, Cides y Fernandos, Jaimes y Pedros, Berenguelas é Isabeles te deben sus mejores glorias.

El hombre te aclama, porque tú eres el consuelo á sus pesares, el bálsamo que cura las heridas de su alma.

El cristiano te bendice, porque tú eres el constante faro que le señala las puertas del cielo.

¡Salve, dulce esperanza, única inseparable compañera del hombre en el largo destierro de esta vida! ¡Salve!

Yo te saludo y te venero como eterno don emanado de la infinita misericordia del Altísimo y añado mi pobre canto á los dulcísimos ecos con que te cantan los ángeles, á las sublimes notas con que te saluda la religion y á las sentidas trovas con que te bendice la humanidad.

T. RODRIGUEZ-DE-LA-TORRE.

Villavicencio.

¿QUIÉN ES ELLA?

¿Vino al mundo flotando en la neblina,
Ó ha nacido en el caliz de una rosa?

¿Es de algun sueño la ficcion dichosa.
De algun pintor la inspiracion divina?

¿Es por ventura sílfide? ¿es ondina?
¿Es blanca espuma, convertida en diosa,
Ó encarnacion del aura silenciosa
Que en lecho de azucenas se reclina?

Algun misterio sus encantos sella:
La aurora envuelta en transparentes velos
De púrpura y de nacar, no es tan bella:

Las flores, al mirarla, sienten celos:
¿Y me preguntas tú, que ¿quien es ella?
Es... un dulce suspiro de los cielos.

MANUEL B. SOTO.

Badajóz.